

V

BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

EDUARDO BENOT

Alberto Lista
o la Educación
de la Juventud



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE CULTURA



BIBLIOTECA VIRTUAL DE ANDALUCÍA

EDUARDO BENOT

Alberto Lista
o la Educación de la Juventud

Posfacio de Rafael Jiménez Gámez

CONSEJERÍA DE CULTURA

Biblioteca Virtual de Andalucía

Eduardo Benot y Rodríguez nace en Cádiz en 1822. De familia acomodada y de muy delicada salud, entra a dar clases de Filosofía en el Colegio San Felipe Neri, del cual llegará a ser director (1852-68). Dotó al Colegio de los gabinetes de Física y Química y fue titular de las cátedras de Astronomía y Geodesia en el Observatorio de Marina de San Fernando. También fue político. Vivió en la ciudad los importantes acontecimientos de 'La Gloriosa' en septiembre de 1868, perteneció a la Junta Provisional nombrada por el general Prim, fue elegido diputado a Cortes en las elecciones del siguiente año por el Partido Republicano y se convirtió en estrecho colaborador de Pi y Margall. Durante la I República fue senador y Ministro de Fomento. Tras el levantamiento de Pavía se exilió en Lisboa, regresó a Madrid y estuvo alejado de la política hasta que en 1893 volvió a ser elegido diputado. Vicepresidente del Ateneo Literario, Artístico y Científico de Cádiz, estudioso de la gramática francesa, alemana, italiana e inglesa, colaborador de la Institución Libre de Enseñanza fundada por Francisco Giner de los Ríos, D. Eduardo, como otras figuras ilustres de este país, muere, pobre, en Madrid el 27 de julio de 1907.

[el autor]

[la obra]

“A poco de haber fallecido Alberto Lista, sus facciones perdieron la deformidad cadavérica; y sus amigos, discípulos y admiradores tuvieron la feliz idea de hacer sacar en yeso aquella cabeza veneranda y venerada...”. Con ocasión del descubrimiento de este busto, perpetuado en bronce y donado por el autor de este discurso al Ateneo Literario, Artístico y Científico de Cádiz, Eduardo Benot nos ofrece una semblanza apasionada, pero no exenta de crítica, a su querido mentor. Alberto Lista y Aragón (Sevilla, 1775-1848), fue considerado por sus contemporáneos como un intelectual de primer orden. Su influencia, comparable a la que ejercerían después un Giner de los Ríos o un Ortega y Gasset, se hizo efectiva a través de múltiples actividades: editor de textos, traductor de poetas e historiadores, activista político, afrancesado y profesor infatigable, además de autor de una abrumadora producción literaria. “Discípula suya es casi toda la juventud del día” afirmó Larra de él, y ese papel capital lo representó para la formación de innumerables académicos, científicos y políticos, además de poetas de la talla de Espronceda y Ventura de la Vega.

Colección Una Galería de Lecturas Pendientes

Dirección y coordinación editorial: Jesús Jiménez Pelayo

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura

© 2010 JUNTA DE ANDALUCÍA, Consejería de Cultura

© postfacio: Rafael Jiménez Gámez

Maquetación y diseño: Carmen Piñar

ISBN: 978-84-9959-057-8

D.L. : GR-2825-2011

Ilustración de cubierta:

Un chiquillo sentado.

Víctor Manzano y Mejorada, 1859.

Museo del Prado, Madrid.

índice

<i>ALBERTO LISTA O LA EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD</i>	9
APÉNDICE	29

POSFACIO	
EDUARDO BENOT: UN LINGÜISTA Y PEDAGOGO ADELANTADO DEL SIGLO XX Y OLVIDADO EN EL XXI	35
Rafael Jiménez Gámez	

Conferencia
pronunciada en el
Ateneo de Madrid
durante el curso de 1885-86

Señoras,
Señores,*

Tengo el honor de presentaros la imagen de uno de los hombres más eminentes de la *generación* pasada y que más ha influido en la marcha y dirección del país: el Sr. D. Alberto Lista y Aragón.

Voy a deciros lo que sé del origen de este busto. A poco de haber fallecido el Sr. D. Alberto Lista, sus facciones perdieron la deformidad cadavérica; y sus amigos, discípulos y admiradores que rodeaban el lecho mortuario, tuvieron la feliz idea de hacer

* Desde antes de empezar la conferencia, ocupaba la cátedra, como presidiendo, un busto en bronce del Sr. D. Alberto Lista. El conferenciante estuvo sentado a la derecha del busto durante todo el tiempo en que usó de la palabra.

sacar en yeso aquella cabeza veneranda y venerada. Tengo entendido que de la matriz se sacaron tres reproducciones, y una de ellas ha estado durante una generación exornando la escalera principal del colegio de San Felipe Neri, de Cádiz, fundado por D. Alberto Lista en 1838, y que yo he tenido la honra de dirigir desde 1852 a 1868. De aquel yeso primitivo procede este busto en bronce, que yo, reverentemente ofrezco a este Ateneo Científico, Literario y Artístico; porque siendo yo ya viejo, y estando probablemente próximo mi fin, según lo que me veo minado de achaques y de enfermedades, conviene que esta reliquia de varón tan insigne se conserve en el seno de una corporación científica, destinada a vivir vida secular. (*Aplausos*).

Me parece que os habeis apresurado en aplaudir.

Temeroso yo de que mi yeso desapareciese algún día, por la fragilidad de su materia, pensé desde hace muchos reproducirlo en bronce; pero siempre mi pensamiento se quedaba en propósito por multitud de causas que no es del caso enumerar; hasta que ya, habrá como cosa de tres meses, decidí llevar mi idea a cabo; y, al efecto, entré en tratos con mi amigo el fundidor Sr. D. Ignacio Arias, cuya pericia y habilidad constan a este Ateneo, por ser él quien fundió los tres medallones en bronce que adornan la fachada de este edificio. Cuando el Ateneo me dispensó la alta honra de elegirme para esta conferencia, el busto no estaba aún fundido; pero, habiéndose enterado mi amigo el Sr. Arias de que yo pensaba destinarlo a esta corporación, se apresuró a fundirlo; y, después de ejecutada la obra con la perfección que veis, se ha negado decididamente a recibir el premio debido a su habilidad y a sus conocimientos en el difícil arte de la fundición estatuaría; que el Sr. Arias, si no es rico en bienes de fortuna, es un Crespo en sentimientos generosos y en consideración hacia las corporaciones científicas y hacia los varones ilustres, honra de la patria.

Ya veis pues, que, si hay algo que agradecerme, es únicamente la intención; pero que, si hay algo que aplaudir, los aplausos deben ser para él artista que pone a

disposición de este Ateneo su talento y sus aleaciones. Los aplausos todos para él; para el artista de corazón. (*Aplausos*).

Aquí teneis la imagen del Sr. D. Alberto Lista (*señalando al busto*). Quizá no me he expresado bien. Estas son sin duda sus facciones; pero no su fisonomía, porque lo característico de la fisonomía de D. Alberto Lista estaba en su expresión. Ante todo, en su expresión incomparable de bondad. Luego, D. Alberto Lista se transfiguraba hablando, y entonces estas facciones transparentaban la hermosura de aquella inteligencia poderosa. D. Alberto Lista no era alto, pero en cátedra se crecía de tal modo, que a veces parecía un gigante. Su accionar era decoroso y semejante al de los grandes actores, en ser mera indicación de que pueden mucho más. Era miope, muy miope, y no gastaba nunca anteojos; de manera que, cuando hablaba, su vista no se fijaba en ningún individuo ni en ningún grupo de su auditorio; por lo cual su oratoria parecía el verbo de la ciencia impersonal. Su palabra, en que principalmente estaba el encanto de todo cuanto decía, poseía cualidades al parecer incompatibles con ese encanto: su voz era reposada, a veces lenta, pero siempre facilísima y facunda, como si el profesor se hubiese propuesto de intento hablar siempre despacio para ser siempre perfectamente comprendido. Su recitación era maravilla, porque apoyaba poderosamente las sílabas constitutivas de los versos; en los endecasílabos de primera clase, la sexta y la décima; en los de segunda clase, la cuarta, la octava y la décima, y en los octosílabos la séptima; por manera que con semejante modo de recitar, la rima sonaba como un clarín, oída de su boca*. A veces marcaba el ritmo de los versos con un leve movimiento de algún pié. Y, sea que D. Alberto Lista explicase, sea que encantara a sus oyentes con los ríos de su erudición ó sus cataratas de ejemplos, no bien el sabio profesor desataba los raudales de su elocuencia incomparable, cuando parecía que el salón se llenaba de una atmósfera

* Lista pronunciaba rotundamente los finales de los períodos; en lo cual ponía especialísimo estudio, y aconsejaba a sus alumnos que lo pusieran; y, así, nunca le ocurría lo que a tantos oradores a quienes apenas se oye cuando terminan sus cláusulas; porque, no habiendo sabido medir bien el volumen de su aliento, se ven obligados en lo más culminante de la frase a bajar la voz, tanto en intensidad como en internación.

de veneración y de respeto y la impresión de su palabra se conocía inmediatamente en el silencio de la atención con que todos escuchaban. ¡Qué fascinación aquella! ¡Qué poder el de aquel viejo venerable que sabía imprimir todo cuanto decía en la memoria de sus oyentes, no percutiéndoles la inteligencia con frases de efecto, sino con la fuerza silenciosa del tornillo que penetra en la convicción! (*Muy bien*).

Las fulguraciones más felices de la elocuencia de D. Alberto Lista, quizá no habrían arrancado nunca las explosiones de aplausos que acompañan a la elocuencia tribunicia; pero el aplauso de lo que decía duraba indefinidamente; pues todavía, al cabo de cincuenta años, vibra en cuantos tuvimos la fortuna de escucharle. Y en fin, ¡qué riqueza, qué derroche de frases, máximas y sentencias enteramente suyas, derramadas como lluvia sobre sus auditorios, regularmente de muchachos! ¡Oh, que no pudiera yo mencionarlas todas! He aquí algunas: «Se dice que Shakspeare tiene defectos. ¡Defectos!... En las obras del genio lo primero es el genio.» —«Se afanan los preceptistas por disculpar las que llaman extravagancias de Quevedo. Pero ¿Quevedo los hace reír? Pues quien hace reír tiene razón.» No recuerdo de quién dijo una vez: «¿Exagera? Pues no es genio.»— «Si odiáis no os sentéis a escribir, porque el ódio es un consejero de perdición»... Y, como éstas, miles, todas originales y todas propias de este ilustre profesor.

No, no es esta su fisonomía (*volviendo a señalar al busto*), son sus facciones; pero a un examen atento no se puede ocultar que por estas facciones ha pasado la mano de la muerte. Las flores artificiales son a veces de una perfección desesperante: son imprescindibles a falta de cosa mejor; pero ¡ay! que en las flores artificiales no existe nunca la transparencia de color de las flores que en la realidad viven, y, sobre todo, no se encuentran nunca circundadas de la atmósfera de aromas con que las flores vivas hechizan y embriagan. (*Aplausos*).

Voy ahora, señores, a deciros algo sobre la biografía del Sr. D. Alberto Lista. Su vida es una variante de una historia muy vieja y muy sabida: la de un genio na-

cido en la oscuridad y en las privaciones, y muerto en vejez tranquila, la frente rodeada de un nimbo de gloria, sin un enemigo, y honrado por la estimación universal.

D. Alberto Lista y Aragón nació en Sevilla, barrio de Triana, calle de la O, el día 15 de Octubre de 1775, el mismo día en que nació Virgilio, su poeta favorito; coincidencia que D. Alberto se complacía en hacer notar con una infantil satisfacción. Sus padres, D. Francisco y doña Paula, vivían estrechamente con el producto de unos telares de seda que tenían, y también el niño Alberto fue tejedor de seda durante los primeros años de su infancia; y después, cuando las necesidades del hogar paterno lo exigían por no haber otros medios de allegar recursos. D. Alberto Lista murió el 5 de Octubre de 1848, en la casa núm. 17 de la calle de Cervantes en Sevilla, vivió, por consiguiente, casi setenta y tres años. El claustro de doctores de la Universidad, de toga y de birrete, salió a recibir el cadáver del antiguo tejedor, lo condujo con fúnebre pompa a la catedral; allí se celebraron honras solemnes; y desde la catedral fue el cuerpo conducido a las bóvedas de la iglesia de la Universidad, donde yacen aún los restos del matemático profundo, sabio humanista, polemista invencible, periodista sin hiel, insigne poeta, historiador eruditísimo, crítico, filólogo, publicista, predicador, maestro incomparable! Porque todas estas cosas fue D. Alberto Lista en grado eminentísimo; que hombre de aptitudes más generales es muy difícil de encontrar.

La precocidad intelectual del niño Lista apenas se concibe. Notad que antes os he dicho que Lista sólo fue tejedor durante los primeros años de su infancia; porque a la edad de trece años ¡trece años! fue nombrado por la Sociedad Económica Sevillana de Amigos del País, profesor sustituto de matemáticas de la cátedra de esta asignatura, que costeaba aquella Sociedad; ¡nombramiento singularísimo en los fastos del profesorado, quizás único en la historia, y prueba irrecusable de una precocidad matemática verdaderamente fenomenal!

Mas no creáis que este nombramiento convirtió al niño en hombre, porque Lista fue famoso por su afición a jugar, enredar y alborotar con los otros muchachos de su edad en las calles contiguas al taller paterno; y, precisamente en conmemoración de esta circunstancia, cuando ya D. Alberto había pasado por el apogeo de su gloria, el Ayuntamiento de Sevilla bautizó con el nombre de calle de Alberto Lista, aquella que más había presenciado los juegos infantiles del serio profesor de la Sociedad Económica: porque ¡eso sí! nadie ganaba en formalidad al niño Lista cuando se trataba de explicar su asignatura.

Tampoco las matemáticas le estorbaron el que representase en teatros caseros, dicen que con una habilidad superior a sus años, papeles de Lope y de Calderón.

En 1796, le nombró el rey profesor de matemáticas de la escuela de San Telmo, y con el producto del sueldo de su cátedra pudo atender con cierta holgura a las necesidades de su familia que era numerosa; y, sobre todo, sostener a su madre queridísima, el padre faltaba a la sazón. En 1803 se hizo Lista sacerdote; y el claustro de doctores de la Universidad de Sevilla le nombró en 1808 catedrático de la clase de retórica de la misma Universidad.

Pero se me ha olvidado decir que mientras el niño Lista era tejedor y profesor de matemáticas en la clase de la Sociedad Económica, y alborotador insigne de su barrio, estudiaba en la Universidad latín y filosofía (luego estudió teología); y que su memoria era tan portentosa que, no bien había dado una hoja de su Virgilio la arrancaba y la rompía para saber con más facilidad donde se había quedado en clase; pues lo que una vez había aprendido, quedaba indeleblemente esculpido en su recuerdo.

Después de haber cantado en 1808 las glorias de Bailén y el triunfo de los ejércitos andaluces en una oda llena de estro y de ardientes sentimientos patrióticos, D. Alberto Lista se hizo afrancesado en 1810, poco después de la entrada de los

invasores en Sevilla. Ponía en español las proclamas del mariscal Soult, y hasta admitió de éste una media ración vacante entonces en la iglesia metropolitana. Por esto, cuando los franceses evacuaron la ciudad en 1812, tuvo que acompañarlos para no incurrir en las iras populares. Emigrado en Francia, conoció a Meléndez y a Moratín, emigrados como él y por la misma razón, por afrancesados; y se mantuvo en la Nación vecina dando lecciones de español y predicando en francés con muy mal acento; porque D. Alberto tuvo el raro capricho de estudiar las lenguas vivas como si fueran lenguas muertas descuidando indebidamente la pronunciación. Por lo que yo recuerdo de su manera de interpretar al gran Shakespeare (de quien era apasionadísimo) tengo para mí que pocos extranjeros habrán comprendido como D. Alberto Lista las bellezas del gran dramaturgo inglés; y, sin embargo, el conocido verso de Hamlet

*To be or not to be: that is the question,
era pronunciado por D. Alberto
to bi or not to bi, tat is di cuestión.*

Pero no debo entretenerme en pormenores.

En 1817, pudo volver a España. Fundó un colegio en Pamplona que no tuvo éxito; se opuso a la cátedra de matemáticas de Bilbao que sostenía el consulado y la ganó.

Llegamos a la época de 1820 al 23 y entonces fue cuando se exteriorizó de una manera extraordinaria la actividad portentosa de D. Alberto Lista. Se estableció en Madrid; explicó diariamente en el Colegio de San Mateo geografía, historia, matemáticas y literatura: publicó sus poesías dedicadas a su amigo Albino, pastor protestante en Oxford, lo que prueba la gran tolerancia de D. Alberto en cuanto a ideas religiosas; publicó también su tratado de matemáticas, obra notabilísima, no sólo para la época, sino en absoluto: su tratado de trigonometría es todavía

uno de los mejores; publicó su colección de hablistas españoles; redactó con Hermosilla y con Miñano el periódico *El Censor*, entonces publicación de gran resonancia y que influyó bastante en los acontecimientos; y, por último, todavía le sobraron tiempo y ganas para desempeñar la clase de literatura de este Ateneo desde 1822 a 1823. Se vió obligado a emigrar de nuevo a Francia y allí publicó un periódico titulado *La Estafeta de Bayona* que le dió de comer mientras el gobierno permitió su entrada en nuestro país. Hizo también el suplemento a la historia de Mariana y tradujo la historia universal del conde de Segur. Vuelto de nuevo a España en 1833, fue propuesto para el obispado de Astorga, dignidad que dicen no admitió por que pudiera recaer en su amigo D. Félix Torres Amat, traductor de la Biblia; lo que prueba la generosidad de carácter de D. Alberto Lista. De 1833 a 1837 fue director de la *Gaceta de Madrid*. Como os he dicho, en 1838 pasó a Cádiz y fundó el Colegio de San Felipe Neri; y allí publicó en el periódico moderado *El Tiempo*, la serie admirable de artículos que luego coleccionados se reimprimieron con el título de *Ensayos críticos y literarios*. Se trasladó luego a Sevilla, y allí el gobierno le nombró catedrático de matemáticas sublimes, decano de la Facultad de Filosofía y canónigo de la Catedral. Todavía siendo setentón tuvo fuerzas para escribir un epítome de la historia antigua.

Por último, debo deciros que perteneció a las Academias Española y de la Historia*.

Ya veis, señores, como D. Alberto Lista lo fue todo: matemático, humanista, poeta, historiador. Pero en nada sobresalió tanto como en sus cualidades de maestro. Y sobre este punto voy a leeros el juicio crítico, del Sr. D. Eugenio de Ochoa, porque no quiero exponerme a decir mal, lo que ya está consignado soberanamente bien. Dice así:

* Fue elegido académico honorario de la Española en Junta de 6 de Septiembre de 1827, y tomó posesión de su cargo en Junta de 27 del mismo mes: obtuvo plaza de número en Junta de 7 de Noviembre de 1833.—En 2 de Mayo de 1828 fué nombrado académico supernumerario de la de la Historia, y dé número en 5 de Marzo de 1847.

«El don de la enseñanza era ingénito en Lista; como había nacido poeta, había nacido maestro; nunca era más feliz que cuando veía en torno suyo un numeroso auditorio de muchachos pendientes de sus palabras. Cátedras eran para él cualesquiera sitios en que tuviese oyentes; pues su conversación, siempre instructiva y amena, florida y sustanciosa, rica de recuerdos clásicos y de sólida doctrina, era como un curso continuado, ya de alta moral, ya de filosofía, historia ó literatura. Era, en verdad, una escena hermosa y en la que había algo de la sencillez patriarcal, la que presentaba el sabio anciano, seguido en sus largas excursiones campestres de la inteligente y fiel falange de sus discípulos más queridos. Nuevo Sócrates (con cuyo perfil tradicional presentaba por cierto el suyo una viva semejanza), reproducía entre nosotros el majestuoso espectáculo de los pórticos de Atenas. Unas veces, en las claras noches de verano, nos llevaba a las alturas que rodean a Madrid, y nos iba explicando, sorprendiéndonos, por decirlo así, en la bóveda estrellada, las leyes del mecanismo celeste; otras veces, engolfándose en las cuestiones literarias, su tema favorito, desplegaba en ellas toda la frescura de una imaginación de veinte años, y a la par que nos instruía en los preceptos del arte, nos embelesaba con su elocuencia de oro. Frecuentemente, con el candor de la verdadera superioridad, citaba como ejemplo y autoridad sus propios versos.

»Su memoria era prodigiosa; muy rara vez, al analizar en sus lecciones los clásicos antiguos ó los poetas modernos, ó al recordar en la conversación algún pasaje de cualquiera de ellos, en especial de los dramáticos, necesitaba consultar el texto.

»Lista es el hombre que ha ejercido mayor y más saludable influjo sobre nuestra época en España, y éste es acaso su título más glorioso. Como matemático, como publicista, como literato, tiene rivales que le disputan la palma: como hombre de prestigio y de influencia sobre sus contemporáneos, no los tiene. Bajo este concepto, sobre todo, creemos que le está reservado un puesto muy alto en la historia de nuestros días. Ella dirá la parte que corresponde a Lista en el mérito

de nuestros estadistas y de nuestros escritores de este siglo, todos ó casi todos formados por él y amoldados a sus máximas, a sus opiniones y a su gusto.

»No es dudoso que las opiniones del maestro ejercieron una influencia decisiva en el ánimo dócil de sus jóvenes alumnos, y a nuestro juicio, no tienen otro origen esas ideas de orden que, por lo general, hemos visto predominar en las cabezas de aquellos jóvenes que ya son hombres, y de los cuales hay muchos que han ocupado y ocupan en el día los primeros puestos del Estado. Por eso creemos que cuando se escriba con sana crítica la historia filosófica de nuestra época, se tomará muy en cuenta el influjo que sobre ella ha ejercido don Alberto Lista: un historiador sagaz verá en él, más que un poeta excelente, un director de ideas.»

Este juicio crítico es de oro. Yo no lo había leído hasta hace muy pocos días rebuscando antecedentes para esta conferencia; y yo, que conocí al Sr. D. Alberto, os confieso que quedé maravillado de lo justo de estas apreciaciones. Ningún hombre, como profesor y sin haber pasado por las alturas del poder, ha ejercido influencia mayor en nuestro país.

A D. Alberto Lista se debe el renacimiento de nuestro genuino teatro nacional; y éste habría sido punto que yo hubiera elegido para esta conferencia, a no haberlo ya tratado en este mismo Ateneo magistralmente el Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo. D. Alberto Lista en sus explicaciones en 1822 y en 1836 en las cátedras de este Ateneo, restituyó su prestigio a la antigua dramática española, despreciada y hasta vilipendiada por nuestros literatos de fines del pasado siglo, que se decían nutridos en el llamado buen gusto francés. Sin D. Alberto Lista habría sido imposible el imponente centenario de Calderón: la semilla sembrada en 1836 era ya en 1880 árbol frondosísimo. Lista había formado la opinión.

Pero no he de extenderme más sobre este punto.

Dadme la enseñanza, decía Napoleón, y os cambio el mundo. Jóvenes de esta ilustrada generación: nunca podréis saber el cambio efectuado en la enseñanza por D. Alberto Lista mientras ignoreis lo que era la enseñanza cuando yo nací. Yo aprendí las primeras letras en la escuela mejor de Cádiz, donde sólo me enseñaron (es verdad que muy bien) a leer, escribir y contar. ¿Y sabeis por qué era esa escuela la mejor? porque en ella se enseñaba el carácter de letra inglesa y además los quebrados comunes y las fracciones decimales. ¡Oh! ¡Yo sabía decimales! y el bueno de mi maestro me exhibía como si yo fuera un prodigio. Las matemáticas y las lenguas vivas, es decir, francés é inglés (entonces las lenguas vivas no pasaban de estas dos), sólo podían aprenderse en las cátedras de estas asignaturas, costeadas por el consulado. Los dominicos y dos ó tres dómines desdichados enseñaban latín, haciendo aprender de memoria a sus alumnos las listas esquilmantes de los pretéritos y supinos y el *mascula sunt maribus* de Nebrija; a lo que llamaban enseñar «*El Arte*». A aquellos benditos profesores no les era posible concebir que se supiera latín sin haber antes aprendido de memoria esas deplorables listas, ¡cómo si no fuera dable hablar español no habiendo aprendido antes de memoria, por ejemplo, la lista de los participios irregulares de nuestra lengua, arreglados por orden alfabético, ú otro desatino semejante! ¿Geografía? ¿Historia? ¿Física? ¿Química? ¿Historia natural? ¡Oh! eso no había donde aprenderlo.

Este era el estado de la enseñanza en Cádiz, entonces indisputablemente la ciudad más culta de toda la Península, cuando el Sr. D. Alberto Lista fue a ella en 1838, a fundar el colegio de San Felipe Neri, donde inmediatamente estableció su plan de estudios que comprendía latín, geografía, historia, matemáticas, retórica y poética, física, química, historia natural, psicología, lógica, moral, teodicea, francés, inglés, y todas las asignaturas necesarias para las carreras especiales, particularmente las del comercio. También había clases de escritura de adorno, de dibujo y de canto. Ya entonces estableció D. Alberto Lista el canto, hoy universalizado en toda Europa por razones estéticas é higiénicas. Los alemanes atribuyen al uso obligatorio del canto en los alumnos la falta relativa de tísicos entre ellos.

Había además en San Felipe clases de esgrima, de baile y de gimnasia y D. Alberto montó, muy poco después, cuatro, para la época, magníficos gabinetes de geografía, de física, de química y de historia natural.

Esto era en 1838, muchos años antes de que apareciesen los primeros planes de estudios de la enseñanza oficial. Y ya veis, señores del Ateneo, que los planes de estudios de la enseñanza oficial no eran otra cosa que el mismo de D. Alberto Lista, muy mermado porque jamás en *ningún* instituto de España se han dado tantas enseñanzas como se daban en el colegio de San Felipe Neri de Cádiz: aún hoy en ninguna parte se dá el canto, en muy pocos institutos hay clases de dibujo y de gimnasia, y son contados los institutos que poseen gabinetes, no ya a la altura de las ciencias experimentales en la actualidad, sino presentables siquiera, de geografía, de física y química y de historia natural. Y la enseñanza oficial tuvo que ser necesariamente la enseñanza de D. Alberto Lista, porque los primeros que redactaron los planes oficiales fueron discípulos del gran maestro ó personas influidas por ellos; y he aquí como la enseñanza oficial es la misma del Sr. Lista, perpetuada en nuestro país con todas sus ventajas y todos sus inconvenientes.

Y voy sobre este punto, que se me marcó por el señor Secretario de este Ateneo, a emitir algunas consideraciones.

D. Alberto Lista no tuvo nunca en cuenta sistemáticamente (advertid que digo «*sistemáticamente*»); porque es claro que a aquella clara inteligencia no podía ocultarse en cada caso concreto ninguno de los extremos a que voy a referirme), que la aparición de las facultades no es simultanea en el niño ni en el hombre. Excelente alimento es el *roast-beef*, pero dando *roast-beef* a un recién nacido, se le causaría la muerte. Excelente estudio es el de las matemáticas; pero sólo cuando han aparecido en los jóvenes las facultades propias para ellas. Y tan es verdad lo que estoy diciendo, que hay una época en la vida de los niños en que es más

fácil enseñarles *experimentalmente* en que consiste, por ejemplo, la máquina de vapor, que *filosóficamente* la noción de nominativo. Con frecuencia se ven muchachos que saben sumar, restar, multiplicar y partir con seguridad y hasta con expedición, en una edad en que sería materialmente imposible hacerles comprender la razón de estas operaciones aritméticas.

Y no solamente no subordinó Lista su plan de estudios al orden sucesivo de aparición de las facultades intelectuales, sino que se resistía a creer que no todas las capacidades sirvieran para todo: que hay muchos alumnos prominentes para ciertos estudios, pero absolutamente incapaces para otros, daltonianos de ideas, mucho más frecuentes que los daltonianos de colores.

Por esto, D. Alberto quería que todos sus discípulos fuesen matemáticos y literatos. «Haced versos, nos decía; no para que seáis poetas, en lo cual no habría inconveniente, sino para que escribáis bien prosa: que no hay nadie que no pueda escribir bien prosa, en poniendo los medios para ello.» ¡Cómo si los buenos prosistas no fuesen tan raros en el mundo como los buenos versificadores! ¡Cómo no advirtió D. Alberto Lista que los genios han sido casi siempre especialidades? Newton no fue poeta, Shakespeare no fue matemático, los Leonardo da Vinci constituyen una rarísima excepción.

Y es más: dada una especialísima aptitud, suele ser muy considerable la diferencia de fuerza intelectual de niño a niño; de hombre a hombre; que hay inteligencias muy vigorosas é inteligencias muy endebles. Y como Lista nunca reconoció, *sistemáticamente*, la realidad de las diferencias existentes entre las diversas personas dotadas de una misma aptitud, de aquí que jamás quisiera someter a sus alumnos, *sistemáticamente*, a distintos procedimientos ni a distinta disciplina, según la intensidad de las diversas aptitudes; mal que se ha perpetuado en la enseñanza con toda su gravedad. ¿Qué hace un profesor en una clase numerosa donde se encuentra con dos ó tres sobresalientes; con tres ó cuatro torpes, inenseñables;

con unos cuántos que, sometidos a apropiada disciplina, podrían ser notables; y con la gran turba multa de los medianos? ¿Hace caminar la clase al paso de los sobresalientes? Pues no enseñará nada a los demás. ¿La hace caminar al paso de los torpes? Pues defraudará, a sabiendas, a todos sus alumnos de los tesoros del saber.

Por otra parte, Lista quería que las lenguas se estudiasen en las obras literarias, sin advertir que la arquitectura de las lenguas no tiene nada que ver con sus respectivas literaturas. Si yo os dijese que no hay español que no sepa español, enunciaría un concepto muy digno del honrado Perogrullo; pero, si yo os dijese que no hay español ninguno que conozca en toda su amplitud la inmensidad de la literatura española, quizá enunciaría una proposición paradójica, que exigiera cumplida demostración.

Dice Fernando de Herrera en su canción por la batalla de Lepanto:

«Y prometer osaron (*los turcos*) con sus manos
Encender nuestros fines y dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte, etc.»

¡Hierro fuerte! ¿Es que acaso hay hierro suave? ¿Qué quiere decir eso de *encender con las manos nuestros fines*? ¿Serán muchos los españoles, no versados en literatura, que a la primera audición entiendan que lo que el poeta quiso decir es que los turcos habían prometido poner fuego a nuestras fronteras y dar muerte a nuestra juventud con hierro inexorable?

«Hipogrifo violento,
Que corriste parejas con el viento:
¿Dónde, rayo sin llama,
Pájaro sin matiz, pez sin escama, etc.»

El conocido principio de *La vida es sueño*. Pero ¿quién es este Hipogrifo? ¿Este rayo sin llama? ¿Este pájaro sin matiz? ¿Este pez sin escama? ¿Serán muchos los españoles que entiendan desde luego que se trata de un caballo desbocado que, se precipita desde lo alto de un monte?

Pues esto que estoy diciendo no es privativo de la literatura española, es común a todas. *El Paraíso perdido* de Milton, está escrito en inglés y traducido al *inglés*; es decir, los magníficos versos del poema, por demasiado literarios y por ende incomprensibles para la generalidad de los ingleses, están traducidos al inglés en prosa vil para que todos los comprendan. Un rarísimo ejemplar de este todavía más raro engendro literario existe en la librería de un cariñoso amigo mío, socio de este Ateneo, y que también tuvo la dicha de oír las lecciones de Lista, como yo.

El plan de Lista, que en parte vino a ser el plan de estudios oficial, no es bueno más que para las inteligencias superiores, pero entraña defectos capitales en cuanto se trata de aplicarlo a la generalidad de los alumnos.

Ahora bien, ¿son estas deficiencias del plan de estudios, imputables al gran maestro?

Creo que sí.

Como Lista fue profesor de matemáticas a la edad de trece años, no podía concebir que hubiese muchacho de esa edad incapaz de estudiarlas con provecho: como él era general, se resistía a creer, a no ser en casos muy excepcionales, que no todos los alumnos son propios para todo: como sus fuerzas intelectuales eran las poderosas de los hombres superiores, no quería admitir que hay entendimientos raquíticos; y, como él había nacido poeta y matemático y orador y maestro... quería que todos fuesen como él.

Y he aquí por qué nunca vió que es imposible aprender en un curso geografía é historia; que no es lo mismo enseñar latín que literatura latina; que es ilógico enseñar retórica y poética a quien no sabe aún casi hablar ni expresar sus pensamientos; que es tan inútil enseñar lógica a los niños como enseñar a volar a quien carece de alas; que todo plan de estudios debe ajustarse al orden sucesivo de aparición de nuestras facultades; que hay que someter a los alumnos a distinta disciplina, según los grados de intensidad de sus diversas aptitudes, y que en toda enseñanza bien meditada, debe presentarse el fenómeno antes que la ley, el efecto antes que la causa, la idea antes que el signo, porque en educación es inmensamente más importante el desarrollo de las facultades que la adquisición de los conocimientos, y porque esta es la única manera, no sólo de no esquilmar las inteligencias con artificios rutinarios é irracionales, sino de formar caracteres vigorosos y espíritus independientes que piensen por sí y hagan avanzar las artes, las ciencias y las industrias. (*Aplausos*).

Y vamos ahora a otro punto de muy difícil solución.

Lista fue afrancesado.

También lo fueron Meléndez, Moratín, Burgos, Hermosilla, Reinoso y muchos más, todos reputados hoy como gloria de las letras españolas.

¿Debemos condenarlos? ¿Desde luego? Pero, ¿tendremos datos suficientes? ¿Podemos saber hoy qué fue lo que contagió hasta tal extremo a tantas inteligencias de primer orden?

Yo, ciudadano del mundo, deseo que los pueblos todos se den en paz las manos; yo sueño con la utopía (hoy irrealizable) de la paz universal: yo quiero la paz. Pero mientras haya pueblos hercúleos, hambrientos de botín en daño mio y de la independencia nacional, no he de entregar, cobarde y vil, a sus apetitos y ambi-

ciones, casas, campos, ciudades, niños y mujeres; que no quiero ser inferior a las bestias irracionales que defienden a sus hembras y a sus hijos. Y entonces guerra, guerra furibunda contra el invasor; porque ya el mundo no es mi patria, lo es mi España, lo es la tierra donde están los hogares de mi raza; y de nuestros montes y de nuestras montañas, haré alcázares inexpugnables de la independencia nacional y talaré nuestros campos más fecundos para que en ellos no encuentre el invasor techo ni abrigo; y envenenaré las fuentes de los ríos para que no tengan donde beber los caballos extranjeros; y no envainaré la espada hasta ver en los nuevos Atilas lo que deben ser todos los hombres de la civilización: ciudadanos del mundo. (*Aplausos*).

¡Oh! ¿Qué os congeló el corazón, Lista, Meléndez, Hermosilla Moratín! ¿Qué malditas ideas secaron en vuestros corazones los sentimientos indómitos de nuestra raza?

Yo creo, señores, en mi amor filial hacía hombres de tan reconocido mérito, que nosotros no podemos ni aun siquiera concebir lo que contagió aquellas inteligencias. Para condenarlas basta con el sentimiento patriótico; para disculparlas sería preciso que nosotros pudiésemos pensar como ellos pensaron; y esto nos es hoy imposible, porque las ideas de este siglo no son las ideas del pasado.

Hoy iluminan nuestras inteligencias las teorías de la evolución, de la unidad de las fuerzas físicas, y de la unidad de la materia: hoy nuestros esclavos se llaman vapor, electricidad y magnetismo; hoy nos burlamos y nos reímos todos de los dos tenebrosos déspotas de la antigüedad, el espacio y el tiempo: y sobre la política de los pueblos, las ideas del pasado siglo eran diametralmente opuestas a las ideas de este siglo grandioso, menos grande por haber hecho dibujar a la luz en la fotografía, haber aprisionado el sonido con el fonógrafo, haber menguado el espacio con la locomotora, haber prescindido del tiempo con el telégrafo y el teléfono; haber suprimido el dolor con el cloroformo; menos grande por todas estas maravillas que ya ha realizado y por las que le quedan aún que realizar en

las regiones ignotas ó inexploradas aún de las ciencias naturales, que por haber consagrado los derechos imprescriptibles de la personalidad humana, y haber declarado que la guerra y la conquista son el escándalo y la infamia de nuestra civilización, porque cada pueblo es, y debe ser, el arbitro de sus destinos, y porque la guerra y la conquista no respetan, antes bien destruyen, lo que hay de más sagrado en la humanidad: el trabajo y el ahorro. (*Aplausos*).

Gobernar es someter, decía Napoleón. Gobernar es resistir, dijo luego, a la restauración francesa la escuela moderada. Gobernar es transigir, dijeron los eclécticos. Cúmplasela voluntad nacional, dijeron los progresistas por boca de Espartero. Gobernar es respetar los derechos inherentes a la personalidad humana, dicen las escuelas democráticas. Gobernar es respetar y garantizar todos los derechos, así los inherentes a la personalidad humana, como los naturales de los seres colectivos, dice la escuela federal.

Señores, entre caminar en tartana ó devorar el espacio en tren expreso, ¿no es verdad que existe mucha mayor diferencia que entre las ideas políticas del siglo pasado y las del presente, entre el principio napoleónico de que «gobernar es someter» y el principio democrático de que «gobernar es respetar»?

Los que vieron malogrados por los horrores septembristas los principios de la revolución francesa, con la cual todos habían simpatizado, y vieron después someterse aquel caos a la espada victoriosa de un soldado de fortuna, ¿no es verdad que debieron persuadirse de que efectivamente «gobernar es someter»? Y, contemplando que al colosal poder de Napoleón todo se rendía, ¿no pudieron pensar honradamente y de buena fé, que el gobierno de quien sojuzgaba a su albedrío tronos y leyes, era el que más convenía a esta trabajada nación después de los motines de Aranjuez y de las ignominias de Godoy? Y si creyeron imposible el resistir, ¿no era buena política, la de someterse al invasor desde luego, granjearse así su voluntad, adquirir valimiento y emplearlo después en pro de la patria desvalida?

Señores, yo no prohijo estos racionios, los rechazo; pero esto ó algo así debió ser la obsesión de los afrancesados.

Además, la serie de triunfos no interrumpida del Imperio, los clarines victoriosos de la fama y las trompas lisonjeras del dios Éxito habían proclamado “Genio” a Napoleón. Todavía en 1839 escribía el Sr. D. Alberto Lista que Napoleón había sido el hombre más grande de la Edad Moderna.

¡Genio Napoleón! Los genios en política vislumbran, antes que nadie, el ideal que alborea por oriente y el error vetusto que se pone por ocaso. No es genio resistir, sino demencia, demencia que cuesta muchas lágrimas; y el César francés, lince para herir en el corazón a los ejércitos enemigos, nunca tuvo la vista intelectual que penetra hondamente en lo futuro; sabía lo que cuesta en hombres un combate, pero ignoraba por completo lo que ocurría en la humanidad, y por eso no quiso ponerse a la vanguardia de la evolución moderna ni de las democracias triunfadoras.

¡Genio Napoleón! Las obras de los genios nunca mueren, nunca. Y, ¿qué resta en pié de las ineptias del Imperio? ¿Qué ha quedado? ¿La conquista de España? España despedazó las águilas de Francia. ¿La sumisión al Capitolio? Roma forma hoy parte integrante de la unidad de Italia. ¿El bloqueo continental? Inglaterra es actualmente el pueblo más poderoso del mundo. ¿El cesarismo militar? Francia es hoy república. ¿El ensanche político de Francia hasta las orillas del codiciado Rin? Prusia tiene puestos los piés sobre la Alsacia y la Lorena.

Señores, se trata de hechos: ¿Qué resta en pié de los triunfos de Napoleón? ¿Logró Napoleón detener el movimiento evolutivo de nuestro siglo? Lo viejo está minado por corrientes subterráneas y lo nuevo está tomando por asalto el mundo.

No, no son genios los que pierden lastimosamente el tiempo queriendo levantar, contra lo que tiene irremisiblemente de venir, diques de resistencia con el polvo

de lo viejo, sino los que se anticipan a su época abriendo cauces anchurosos a las aguas de la civilización.

Dos millones de jóvenes cayeron en las guerras de Napoleón para imponer la esclavitud en Europa, dos millones de blancos perecieron en la guerra de Lincoln para abolir la esclavitud en América. De los triunfos del capitán francés no queda nada; de los triunfos del leñador americano queda la libertad del negro; y he aquí por qué: si algún día hubiese un nombre de simbolizar la política generosa de este siglo, el siglo XIX no se llamaría el siglo de Napoleón sino el siglo de Lincoln: no el siglo del César sanguinario que profesaba el principio despótico de que gobernar es someter, sino el del humilde ciudadano que decía a todas las naciones de la tierra: «Cantad el cántico nuevo de la civilización. Gobernar es respetar, gobernar es garantizar.» (*Aplausos*).

Señores, resumo. El Sr. D. Alberto Lista y Aragón fue uno de los hombres más importantes de la época pasada, uno de los que más han influido en los destinos de nuestro país, y es hoy y será siempre una gloria nacional. Y las deficiencias que yo he debido indicar reverentemente, tan reverentemente como un hijo cariñoso puede hablar de las que juzgue faltas en su padre, fueron hijas, las unas, de la política despótica de su tiempo; las otras, de la universalidad de sus grandes facultades.

¡Adiós, caro maestro! ¡Salve, muerto inmortal! (*Aplausos*).

HE DICHO.

Terminada la conferencia, me encontré, agradabilísimamente residenciado por dos amigos íntimos y de mi mayor cariño y predilección, en los alegres pasillos del Ateneo, tribunal amistoso donde, por lo que ví, se sujetan a juicio contradictorio, lo mismo ahora que en 1861 cuando yo asistía habitualmente a las sesiones de la sabia corporación, las ideas, doctrinas y opiniones sostenidas en la cátedra.

El primero de mis dos amigos, sabio jurisconsulto, ex-ministro que tuvo la dicha envidiable de firmar el decreto de libertad de diez mil negros esclavos, y cuyo amor a la independencia patria llega hasta la intransigencia, me inculpó cariñosamente por no haber hecho constar, en honor de verdad y de justicia, que los afrancesados fueron liberales, enemigos de todo fanatismo, tolerantes y hombres animados, en cuanto era entonces posible, del espíritu nuevo de su tiempo. Contesté a mi amigo, reconociendo, hasta cierto punto, el cargo y manifestándole que había pensado presentar esas cualidades como circunstancias atenuantes,

no sólo en general, sino también en particular, respecto de aquellos hombres que, cual Miñano, nunca quisieron ser *josefinos*, aunque siempre hicieron alarde de ser *afrancesados* en el sentido de haber querido ver planteadas en España las reformas políticas y administrativas prometidas por los invasores; pero que, al llegar en mi conferencia al lugar adecuado para introducir tales atenuaciones, me había repugnado el aducirlas hasta el extremo de hacerme imposible presentar el amor a la libertad y a las reformas como ex-culpación del hecho execrable de prohijar la causa de los ejércitos invasores; pues, como observa con gran discreción otro queridísimo amigo mío, pudo buenamente haber en España quien simpatizara con los franceses hasta el famoso 2 de Mayo; pero luego, y, sobre todo, después del triunfo de Bailén, donde Andalucía demostró al mundo atónito que el Imperio no era invulnerable, no quedó a los españoles más recurso que la guerra, y la regeneración política que había de cubrir de gloria inmortal a las Cortes gaditanas.

El segundo de mis dos residenciantes, también jurisconsulto, a quien los altos puestos que ha desempeñado y desempeña con gran honra, tienen apartado de las letras, y sobre todo de la dramática en que de joven conquistó lauros gloriosísimos, discípulo de Lista, como yo, y con quien me unen desde la niñez lazos de cordialísima amistad, jamás interrumpida ni empañada por la más, ligera nube, me inculcó a su vez de amenguar exageradamente la importancia de Napoleon, y su influjo en las vías del progreso.

Yo, que siempre he odiado la política de la fuerza; yo, que no he comprendido jamás la conjuración del silencio de cuantos estaban llamados a denunciar virilmente los errores y los crímenes del Imperio; yo, que estoy convencido de que a esa pasiva conjuración se debe el que las falsas glorias de los Napoleónidas no hayan caído aún ruidosamente de su injusto pedestal, me contenté por toda defensa con leer el siguiente juicio crítico de Herbert Spencer, contenido en *Introducción a la Ciencia Social*, pág. 168 de la traducción francesa, que el secretario

del Ateneo, Sr. D. Augusto Charro-Hidalgo, tuvo la amabilidad de facilitarme en el acto a una indicación mía:

«Del caos sangriento de la Revolución Francesa salió (dice Herbert Spencer) un soldado, cuyo talento militar unido a su total carencia de reparos ni de escrúpulos, lo hizo General, Cónsul y Autócrata. Su falsía era excepcional: mentía siempre en sus despachos; jamás escribía una página de buena fé, y hasta daba lecciones de mentir a los demás. Demostraba amistad en el momento mismo de estar haciendo traición; atraía a sus adversarios con promesas de clemencia y enseguida los mandaba matar...

»Para aterrorizar a los pueblos cometió actos de barbarie iguales a los cometidos por los sanguinarios emperadores de la antigüedad... y así, en Egipto, para vengar a cincuenta soldados suyos, decapitó a dos mil fellahs y arrojó sus cuerpos en el Nilo. En Jafa hizo matar a sangre fría la guarnición de dos mil quinientos hombres que se le había rendido. Sus mismos oficiales, a quienes no hay motivo para suponer exagerados en sus escrúpulos, miraban con pena tanta inhumanidad y hasta se resistieron, a veces, a ejecutar sus sanguinarias órdenes.

»Los instintos del salvaje estaban apenas contenidos en este hombre por lo que tenemos costumbre de llamar sentido moral... Un día sacrificó con la mayor sangre fría hasta a sus propios soldados, ordenando sin escrúpulo ninguno un inútil combate de avanzada, sólo para dar a su querida el espectáculo de una refriega... ¡Qué cosa más natural en hombre semejante el que, además de sus innumerables traiciones y falta de buena fé respecto a las naciones extranjeras, hiciese también traición a su país, conculcando las instituciones libres nuevamente conquistadas, para sustituirles su execrable despotismo militar!...

»Si se hace el balance general de los hombres que perdieron la vida por causa de las campañas de Napoleon... se llega hasta a dos millones, utilizando única-

mente los cálculos más moderados. ¡Y tanta carnicería, tantos dolores, tanta devastación, sólo porque devoraba a un hombre el deseo irresistible de reinar despóticamente sobre todos los demás!

»Los nombres de los principales actores del Terror (La Terreur) son, entre nosotros los ingleses, nombres execrables; ¡lo cual no quita que llamemos GRANDE a Napoleón, y que los ingleses le rindan reverente culto, yendo a quitarse el sombrero respetuosamente ante su tumba!»



unas palabras sobre

Malo de Molina, J. Caricatura de Eduardo Benot. En: Jiménez Gámez, R. *La cuestión educativa en Eduardo Benot*. Cádiz, Diputación Provincial, 1985



Eduardo Benot:
un lingüista y pedagogo
adelantado del siglo XX
y olvidado en el XXI

RAFAEL JIMÉNEZ GÁMEZ

Origen familiar. Infancia enfermiza

Eduardo Benot Rodríguez nació el 26 de noviembre de 1822 en Cádiz en la calle de la Virreina en el seno de una familia culta y políglota: su padre, Julián Bernardo Benot, de origen italiano y su madre, Rafaela Rodríguez de Vicherón, contrajeron matrimonio en 1821. La familia fue de reputación intachable y posición social regular, aunque pocos datos poseemos sobre la cuestión. Pero parece claro que el ambiente en el que se movía era culto como el de la burguesía gaditana de la época. El alto interés literario pudimos constatarlo en un feliz hallazgo de una obrita manuscrita de teatro de D^a Rafaela Rodríguez; *A Dios rogando y con el mazo dando*, de claro matiz romántico y escrita en pleno auge de este movimiento en Cádiz.

La familia se propuso desde un principio dar una educación esmerada a su hijo pero se encontró con un gran obstáculo, la escasa salud del niño. Benot tuvo una infancia muy enfermiza. La familia encarga su curación a un tal Joaquín Cordeiro, médico sin ejercer, hombre rico, caritativo y brusco, poco amigo de los farmacéuticos y de la excesiva medicación. D. Joaquín recomienda paseos y carreras matutinas para la recuperación del niño y una rigurosa dieta. La más enérgica recomendación médica es la de no coger ningún libro, sólo le permite dibujar para no aburrirse. Sin duda debía demostrar el enfermo un excesivo interés por la lectura, para provocar una prohibición tan extrema y es que desde muy joven Eduardo Benot mostró una inteligencia precoz, que cultivó con ahínco y esmero. Cuando comenzó a mejorar de sus dolencias, el doctor le indica el ejercicio de un deporte, por lo que se convierte en un excelente nadador, un corredor infatigable y un hábil jinete. En 1833, se encuentra totalmente recuperado.

Su formación. Primeras inquietudes literarias. Su primer trabajo.

Aunque tuvo que recibir su primera formación, debido a su enfermedad, en su propia casa. Estudia por primera vez en una escuela situada en la calle del Veedor, esquina a la del Marzal, aunque su primer maestro conocido fue D. Antonio



Retrato al óleo de Eduardo Benot, por Luis Menéndez Pidal (1861-1932)

Hurtado Medialdea, a cuya escuela se refiere D. Eduardo en su conferencia en el Ateneo de Madrid:

Yo aprendí las primeras letras en la escuela mejor de Cádiz donde sólo me enseñaron (es verdad que muy bien) a leer, escribir y contar. ¿Y sabéis por qué era esa escuela la mejor? Porque en ella se enseñaba el carácter de letra inglesa y además los quebrados comunes y las fracciones decimales. ¡Oh! ¡Yo sabía decimales!, y el bueno de mi maestro me exhibía como si yo fuera un prodigio.

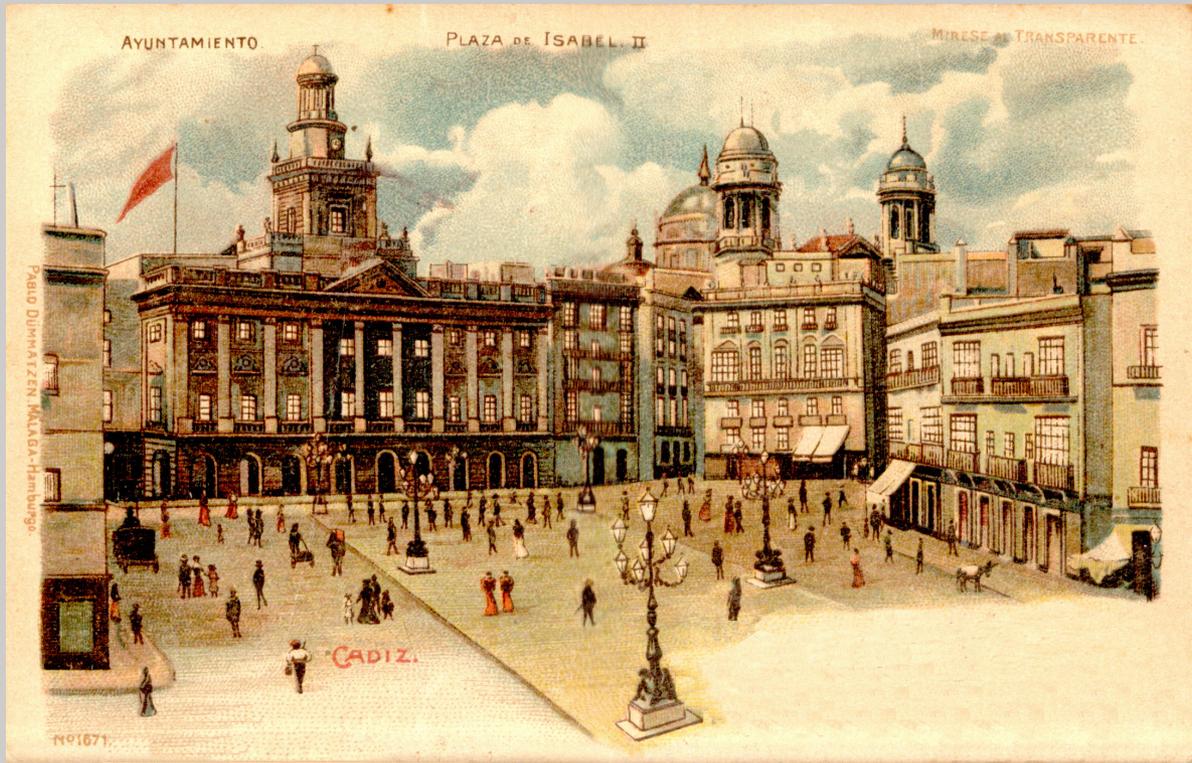
Es pues en esta escuela donde recibe el final de su instrucción primaria. Su educación secundaria la recibe en el Colegio de San Pedro, antecedente del Colegio de San Felipe Neri, modelo educativo de la burguesía gaditana, y en el varios que varios insignes profesores enseñan a Benot. En este centro comenzó a aprender esgrima, deporte del que sería más tarde un excelente practicante. También adquiere gran destreza en el Dibujo, frecuentando la Academia de Bellas Artes. Cuando se funda el Colegio de San Felipe Neri, sus padres lo envían allí para que aprenda con los mejores profesores de la época; así, es alumno de D. Alberto Lista, que le enseña Literatura, D. Juan José Arbolí, Filosofía, y el sabio medico D. José Gardoquí, Física y Química. Fue un destacado alumno, lo que se demuestra cuando Arbolí lo llama para sustituirle sin tener titulación alguna. Otro claro exponente de la madurez intelectual que Benot, a los catorce años, ya había adquirido, es su precoz inquietud literaria, satisfecha con la publicación de algunos

artículos en *El Defensor del Pueblo*, diario liberal de lo más avanzado. Las causas de esta precocidad pueden encontrarse en el influjo que recibió de sus profesores y en el elevado grado cultural de su familia y de la sociedad gaditana en general.

Finalizados los estudios secundarios en el San Felipe, D. Eduardo entra en 1840 a trabajar en la Oficina Central de la Beneficencia Municipal en el Hospicio, que se había creado al entrar en vigor la ley de 1822. En ella, D. Eduardo comienza a ganar dieciocho duros de sueldo. En 1843, fue nombrado Oficial Mayor y le subieron el sueldo a treinta duros; se dedicó entonces, en las nuevas oficinas establecidas en el Hospital de Mujeres, a tratar de mejorar la deficiente situación económica de los establecimientos de Beneficencia. En 1845, había conseguido su propósito de reducir gastos. Llega 1848 y se da nueva organización a esta institución, centralizándose en manos de los alcaldes y limitándose extraordinariamente los presupuestos.

Benot, profesor y director del San Felipe Neri.

En 1848 cae enfermo el Vicario General de la Diócesis y el Sr. D. Juan José Arbolí pone la primera piedra para el edificio solidísimo del Profesorado del Sr. Benot. En una de las cartas que envía a su amigo León y Domínguez, Benot cuenta el modo en que, por primera vez, toma contacto con la enseñanza. Benot relata cómo Arbolí lo presenta a



DÜMMATZEN, P. *Cádiz. Plaza de Isabel II*, ca. 1890. Cromolitografía con transparencias. Biblioteca de Andalucía.

sus alumnos como la persona más adecuada para sustituirle por su soltura en cuestiones filosóficas; Benot se siente abrumado por la nueva actividad, sin haber tenido experiencia anterior. Los primeros días fueron difíciles a pesar de una exhaustiva preparación de la lección. Al día siguiente, comprobaba su torpeza y olvido ante los alumnos. Benot cuenta cómo poco a poco, curso tras curso, superaba las dificultades y cómo al cabo de los años ya no necesitaba recordar sus conocimientos antes de empezar la clase. En

estos momentos empieza su preocupación por el estudio de la educación, interés que, incluso después de su período de docencia, no desaparecerá.

El 5 de septiembre de 1852, D. Juan José Arbolí, que había seguido siendo director del centro, es nombrado obispo de Guadix y Baza; en octubre del mismo año, D. Claudio López ocupó el cargo de Rector del Colegio, pero reservándose sólo la dirección religiosa; el verdadero *Rector, Director y Regente de Estudios* lo fue desde ese momento D. Eduardo Benot, durante quince años, hasta 1867. Durante los primeros años adquiere la propiedad del Colegio con la ayuda de sus amigos Uzuriaga y Laborde. En esta época el S. Felipe vuelve a ser uno de los más destacados centros educativos del país.

En esos momentos D. Eduardo comienza su prolífera labor literaria y científica, aparte de que implantó todos los métodos de enseñanza a la sazón más prácticos y modernos. Asimismo instituyó la educación gratuita de cincuenta niños pobres que observaran buena aplicación en sus estudios.

D. Eduardo fue sabio y maestro en casi todas las materias. En primer lugar destacó, sobre todo, su labor como filólogo y didacta de las lenguas extranjeras, introduciendo el método Ollendorf. A los dos años de iniciarse en la enseñanza comienzan sus publicaciones. Las primeras cuatro gramáticas de otras tantas lenguas modernas (francés, inglés, alemán e italiano) con clave de ejercicios según el método anterior-



Historia interesante, por Mary L. Gow. En: *La ilustración española y americana*, Año XXVII, Suplemento al n. XII, marzo 1883. Biblioteca de Andalucía.



BENOT, E. *Arte de hablar. Gramática filosófica de la lengua castellana. Obra póstuma.* Madrid: Sucesores de Hernando, 1910. Biblioteca de Andalucía.

mente citado, tuvieron mucho éxito pero no fueron declarados nunca libros de texto.

Según Palau y Dulcet, la *Gramática Francesa* conoció hasta dieciocho ediciones y la Inglesa catorce. Mientras se suceden las ediciones de estas obras, Benot elabora las primeras de reflexión:

—*Observaciones sobre la educación.*

—*Errores en materia de educación e Instrucción Pública.*

—*Examen crítico de la acentuación castellana.*

No acaba la labor docente e investigadora de Benot en la Filología, sino que nuestro autor se consagra a otros estudios,

especialmente a los de Física y Mecánica, para lo cual formó uno de los gabinetes más escogidos y completos del momento. Benot encendió en Cádiz la primera luz eléctrica que iluminó tierras y aguas españolas, para celebrar la vuelta de África de las tropas victoriosas, esto ocurrió en 1870.

La labor docente de Benot no se agota en el S. Felipe. En 1857, y ante la fama que había adquirido, es nombrado jefe del Observatorio de Marina de San Fernando, donde explica Geodesia y Astronomía. En 1867 deja Benot el S. Felipe para marchar a París a estudiar la Exposición Internacional. Algunos creen que porque se entrega a la vida política, otros porque la crisis económica afecta también al colegio, el caso es que en 1869 Benot marcha a Madrid y no regresa a Cádiz más que en visitas esporádicas. En los años siguientes a su abandono, la quiebra de una casa de banca en que tenía su capital, le obliga a vender el colegio y a dismantelar el fabuloso gabinete de Física que había construido.

Benot, político.

Aunque el ambiente político gaditano, cuna de los grandes pronunciamientos de la primera mitad del siglo XIX, estaba cargado de liberalismo y republicanismo, Benot no participa directamente en la política antes de 1868. Benot había sido muy amigo de Fernando Garrido y Sánchez Pérez, futuros coreligionarios; asimismo, en 1856, fue nombrado concejal del



Dos de los profesores de Eduardo Benot en el Colegio de San Felipe Neri de Cádiz: Alberto Lista (arriba), tema de su discurso *La educación de la juventud*, y Juan José Arbolí (derecha). En: LEÓN Y DOMÍNGUEZ, José M^o. *Recuerdos gaditanos*. Cádiz, Tipografía de Cabello y Lozón, 1897



Ayuntamiento pero rechazó el cargo por no tener que servir al régimen establecido, que era contrario a sus ideas.

No es hasta 1868 cuando interviene directamente en los asuntos públicos. El 19 de septiembre de ese año es elegido vocal de las Juntas Revolucionarias Provincial y Local en Cádiz, Benot acepta serlo solamente en la Provincial. Esta elección se hizo no sólo por ser un defensor de las ideas democráticas y progresistas, sino (y sobre todo) por ser persona de prestigio y cultura. Aunque Benot no fue un hombre con ambiciones políticas, el caso es que a partir de este momento se ve envuelto en todo el complejo proceso político de la segunda mitad del siglo XIX. Después de triunfar «La Gloriosa», Benot fue elegido diputado a las Cortes Constituyentes de 1869 por Jerez de la Frontera, obtuvo veintiséis mil votos. Esta elección, y sin duda los problemas económicos, hacen que Benot abandone Cádiz y marche a Madrid.

En las Constituyentes se destaca su intervención a favor de una absoluta libertad de enseñanza, cuando se discutía el texto constitucional. Además fue uno de los setenta y tres diputados que votaron contra la continuación de la Monarquía en la célebre sesión del 20 de mayo de 1869 y en la también famosa de 16 de noviembre de 1870. Desde el 69, Benot se declara de la ideología del Partido Republicano, a la izquierda del Partido Demócrata. En una carta, muchos años después, expuso su opinión ante la cuestión monárquica suscitada en España desde la Revolución del 68. Benot entra en contacto

y entabla amistad estrecha con Pi y Margall y siempre estará de parte del federalismo llamado “pactista” o “!margalliano”. En 1870 se hace cargo de *La Igualdad*, órgano semioficial del Directorio elegido en la primera asamblea general del partido presidido por Pi y Margall.

Al disolverse las Constituyentes, parece que Benot intenta volver a Cádiz y dedicarse de nuevo a la enseñanza, pero no lo consigue. En septiembre de 1872 es elegido Senador y esta institución parlamentaria le hizo Secretario de la Mesa. El 18 de octubre del mismo año pronuncia un célebre discurso de contestación al mensaje de la Corona, en él Benot critica la situación política del momento y el hecho de la elección de Amadeo como Rey, frente a sus intereses republicanos; critica también la actitud de algunos diputados que se llaman revolucionarios. Pero es sobre todo la segunda parte de su discurso, referente a las cuestiones de Ultramar, y en concreto a la situación de Cuba, la que consigue un gran éxito es traducida a diversos idiomas. La tesis de esta segunda parte fue que “las naciones que tienen colonias, deben educarlas para que se emancipen”.

Cuando el 11 de febrero de 1873, la Asamblea Nacional proclama la República, Benot era Secretario de la misma. En las elecciones a las Cortes Constituyentes, en mayo, Benot fue elegido diputado. El 22 del mismo mes tuvo la dicha de proclamar, como Secretario, la ley que abolía la esclavitud en Puerto Rico, al mismo tiempo redacta el contraproyecto que



Napoleón es un modelo destacado por Benot en su discurso, del que cita su famoso lema: "Dadme la enseñanza y os cambio el mundo". En la imagen: *Napoleón cruzando los Alpes*, por Jacques-Louis David, 1800. Schloss Charlottenburg, Berlín.

se presenta a las Constituyentes de 1873, como voto particular contra el proyecto de Castelar.

Sin duda, la labor más conocida como político de D. Eduardo, fue la desarrollada como Ministro de Fomento, aunque sólo dura un corto período de diecisiete días. A pesar de su corta estancia, se destacan tres labores desarrolladas por D. Eduardo:

Despachó un gran número de expedientes atrasados, reformó varias leyes administrativas y no se olvidó de la enseñanza: procuró en lo posible que se pagaran las cantidades que los municipios debían a sus maestros.

Creó el Instituto Geográfico y Estadístico.

La más destacada: la elaboración de la primera ley obrera promulgada en España en julio de 1873. Se trata de una ley que regula el trabajo de los niños en las fábricas y crea los jurados mixtos. El proyecto fue aprobado por unanimidad el 11 de julio, cuando ya Benot no era ministro, y publicada en la Gaceta de Madrid el 28 de julio. En esta ley se regula el horario, las condiciones higiénicas y las obligaciones escolares y de asistencia médica que los empresarios debían cumplir respecto a los niños y jóvenes. Los jurados mixtos compuestos de obreros, fabricantes, maestros de escuela y médicos, bajo la presidencia del juez municipal, cuidarían de la observancia de esta ley. Según se ha escrito recientemente, esta ley seguía las normas adoptadas en los países más avanzados en este terreno.

Cuando llegó el golpe de Estado de Pavía, Benot fue uno de los diputados más exaltados: pidió a voces armas e increpó a la tropa. Había anunciado con varios días de antelación al Presidente de la Cámara los propósitos del conspirador.

Vuelta a la reflexión. Progresivo abandono de la actividad política. Últimos años.

Tras el golpe, Benot emigra a Portugal, donde dirige el republicano bisemanal *La Europa*, en la que colaboran Víctor Hugo y Pi y Margall, Figueras y otros. Fue expulsado de Lisboa a instancia de Cánovas y vuelve a Madrid donde se instala definitivamente hasta el final de sus días. A partir de este momento sigue colaborando en política al lado de Pi, pero se va retrayendo de la vida pública y renueva intensamente su prolífera actividad investigadora y literaria, aunque no había abandonado nunca los libros ni la enseñanza (daba clases particulares de idioma). En las elecciones de marzo de 1893, fue elegido diputado por Madrid, aunque por su mala salud había rechazado su designación como candidato. Su trabajo parlamentario consistió sólo en votar.

En 1901, enfermo de reuma y ceguera, entre otros males, no puede rechazar la presidencia del Partido Federal a la muerte de Pi y Margall, pero ya el partido estaba en claro decaimiento. A pesar de todo, Benot dedica tres y cuatro horas diarias



Los bromistas de la clase, por Auguste Joseph Truphème (1836-1898). Colección privada.

al trabajo de partido, sacrificando sus labores científicas. En 1905, su partido, al que se le suman las más destacadas voces progresistas del país, le tributa un homenaje nacional.

Sin duda, este último período de su vida es más fecundo en cuanto a actividad científica y literaria, pues recomienza su labor creativa, al tiempo que recopila y pone en orden todos sus escritos. La primera obra que aparece es de distinto carácter que las de su período gaditano: *Movilidad de las fuerzas del mar o aprovechamiento de los motores irregulares contra las mareas y las olas*. Esta obra es premiada por la Academia de Ciencias y le permite a Benot ingresar en ella. En 1888, aparece una refundición de *Breves apuntes sobre los casos y las oraciones preparatorias para el estudio de las lenguas*. La primera versión de esta obra la tuvo que hacer en los tiempos de profesor de idiomas en el S. Felipe y en ella se esboza el

núcleo de su importantísima obra gramatical, *La Arquitectura de las Lenguas*, que, según actuales investigadores filológicos, convierten a nuestro autor en precursor del estructuralismo lingüístico. A continuación, publica una serie de obras:

- En el umbral de la ciencia. Temas varios.*
- Versificación por pies métricos.*
- Prosodia castellana y versificación.*
- Diccionario de asonantes y consonantes.*
- *Versiones inglesas o arte de traducir el inglés.*
- Reforma del alfabeto por el maestro de aldea.*

Entre 1898 y 1899 fue editado el *Diccionario de ideas afines y elementales de tecnología*, compuesto por una sociedad de literatos bajo la dirección de Benot. Las dos últimas obras de Benot, editadas antes de su muerte, son de crítica y creación literaria respectivamente: *Estudio acerca de Cervantes y El Quijote y España. Poesías*. Otras obras póstumas de primera edición son: *Ideas de un federal*, *Los duendes del lenguaje*, *Arte de hablar*. *Gramática filosófica de la lengua castellana y Diccionario de frases rimadas*.

Existen otras obras aparecidas antes de su muerte, pero de fecha desconocida: *Arquitectura de las lenguas*, *Sistema métrico* y *Errores en los libros de Matemáticas*.

La producción de toda su obra le obliga a recluirse en su domicilio, sólo acude a las sesiones de la Academia de la Len-



Castigado. Acuarela de Geoffroy. En: *Almanaque de la Ilustración*, Año XVII, 1890. Biblioteca de Andalucía.



Tarea enojosa. Grabado de una fotografía de H. Stevens. En: *La Ilustración artística*, Año v, n. 229, 1886. Biblioteca de Andalucía.

gua, de la que era miembro desde 1887. Había sido nombrado en 1870, pero no tomó posesión hasta el 14 de abril de 1889, pronunciando un discurso con el título *¿Qué es hablar?*, avance del contenido esencial de la *Arquitectura de las Lenguas*.

Tuvo que ser intensa la relación de Benot con los hombres de la Institución Libre de Enseñanza y con el regeneracionismo, pero no poseemos datos sobre la misma. Tuñón de Lara cita a Benot junto a Giner y Pi como hombres de la llamada generación del 68, una generación puente entre los liberales de Cádiz y la generación del 98, sobre la cual influyó sin duda. Su colaboración con los socialistas, aunque no comulgó con sus ideas, se refleja en algunos artículos publicados en el suplemento dominical *El Socialista*. De la colaboración con los institucionalistas, destacamos la participación de Benot en las conferencias dominicales para la educación de la mujer, que Castro inauguró en 1869.

De la influencia sobre la generación del 98 señalaremos las conocidas tertulias que en casa de D. Eduardo se celebraron. Entre los asiduos a ellas estaban los hermanos Machado. D. Antonio y D. Manuel, con veinte y veintiún años respectivamente, encuentran el consuelo que la pérdida de su abuelo les había supuesto en la asistencia a dichas tertulias. Otros participantes fueron: D. Nicolás Estébanez, correligionario y compañero de gabinete ministerial en 1873 de Benot; Fermín Salvochea, el anarquista; Carracido; Sánchez Pérez y Pi

y Margall. En cuanto a la influencia de Benot sobre Antonio Machado está aún por explorar pero tuvo que ser intensa, ya que D. Antonio le dedica el Poema LII (*Fantasías de una noche de Abril*) a su protector y maestro, D. Eduardo en la primera edición de *Soledades* en 1907. En las tertulias se habla, por lo general, política; pero es cuando se trata de poesía, cuando más se interesan los hermanos Machado. Cuando se toca un poético, casi siempre asiste a la reunión algún poeta invitado. Estas discusiones literarias no sólo dejarán profundas huellas sobre los Machado sino que, a través de ellos, lo harán sobre otros noventayochistas como Unamuno. Fruto práctico de la colaboración con Benot es la participación de Antonio y Manuel en la redacción del *Diccionario de ideas afines*.

Desde 1901, cuando asistió al entierro de Pi y Margall, Benot cae en una enfermedad que llevaría a la muerte. La ceguera y sobre todo el reuma que dice que había adquirido en Cádiz en sus largos paseos para hacer la *Memoria* sobre los puertos, le harían no abandonar su domicilio hasta el final de su vida. D. Eduardo, como otras figuras ilustres de este país, muere, pobre, el 27 de julio de 1907. Su entierro fue sencillo, aparte de unos pocos personajes de la vida oficial, los asistentes pertenecían a la España socialista y anarquista, y como dato curioso destaca en el entierro la asistencia de señoras en todo el recorrido hasta el Cementerio Civil, a pesar del fuerte calor.



Maestro de escuela, por José Benlliure y Gil (1855-1937). Colección privada.

! Extraídas de su obra *Errores en materia de educación e instrucción pública*. Edición de 1897, Madrid, Librería de Hernando y Cía.

Síntesis de sus ideas pedagógicas¹.

1. La teoría de la educación:

- 1.1. Educabilidad y maduración: ejercicio y actividad: sólo se aprende lo que se practica.
- 1.2. Intuición de la educación permanente: mientras el desarrollo de las facultades tiene un término, el cultivo y dirección intencional de las mismas nunca cesa.
- 1.3. La adquisición del saber debe comenzar por los conocimientos concretos.
- 1.4. La educación física (a la que da mucha importancia) y la educación intelectual son medios para lograr la educación moral.

2. La didáctica:

- 2.1. Educación moral preventiva: hay que trabajar en los alumnos los hábitos de docilidad y sinceridad.
- 2.2. Sus principios didácticos se resumen en:
 - 2.2.1. Primero materias que se aprenden intuitivamente y después la que se aprenden por demostración. Gradación de contenidos
 - 2.2.2. Atención.
 - 2.2.3. Actividad
 - 2.2.4. Adaptación a la madurez psicológica de los alumnos.

2.3. El profesor debe formarse en métodos lógico-científicos y en psicodidácticos. Debe hacer prácticas en la escuela.

2.4. Condena de la temprana enseñanza de la lectura.

2.5. El sistema sectorial (véanse fragmentos de la obra: anexos I y II) consiste en trabajar todas las materias desde las primeras edades de un modo progresivo.

3. La política educativa:

3.1. Necesidad de intervención del Estado (para evitar el incumplimiento del deber familiar), no reñida con la libertad de enseñanza.

3.2. Las reformas deben estar basadas en los conocimientos de la Pedagogía.

3.3. Intervención de la sociedad en la elaboración de los programas: padres de familia y especialistas en las asignaturas.

3.4. El Estado no debe enseñar sino controlar mediante tribunales permanentes de exámenes.

3.5. Crítica el carácter selectivo de la enseñanza secundaria. Propuesta de educación básica obligatoria (6-16) enseñanza comprensiva.

Galería de lecturas pendientes



BibliotecaVirtualAndalucía

2011

“¿Qué hace un profesor en una clase numerosa donde se encuentra con dos o tres sobresalientes; con tres o cuatro torpes, inenseñables; con unos cuantos que, sometidos a apropiada disciplina, podrían ser notables; y con la gran turba multa de los medianos? ¿Hace caminar la clase al paso de los sobresalientes? Pues no enseñará nada a los demás. ¿La hace caminar al paso de los torpes? Pues defraudará, a sabiendas, a todos sus alumnos de los tesoros del saber.”